

apuntamos antes, la mejor actriz que hay en el Nuevo Mundo hispano? Estás soberbia, hija, lo que se dice soberbia, a pesar del diálogo (¿cómo pudimos escribir aquello de: “Quitáste mis galas de moza”?) y de la situación. Sólo te criticamos esas ridículas canas en las sienes que no te dan edad y sí falsedad. ¡Pero cuánto te hubiera agradecido el teatro esa misma actuación, ese mismo esfuerzo, ese mismo entusiasmo, en otra obra más importante! De tus compañeros en escena no se salvan más que Miguel Suárez, porque se las sabe todas para estar discreto en la ignominia. Juan Peláez, que aunque verde, enseña sus posibilidades, y Silvia Pasquel, quien puede llegar a ser tan simpática en un escenario como su madre. De los demás preferimos no hablar, que más que actores eran muñecos de cartón, y mira que nos extraña de Alicia Montoya, porque ahora parecía una de esas actrices de hace cuarenta años, que decían los chistes al público como diciendo: “¡Allí va eso! ¡Miren la gracia que Dios me ha dao!”, y don Rafael Banquells que jamás puede pasar por un conde europeo ni cabe la remota posibilidad de que Alicia Bonet se enamorase o pensara siquiera en casarse con él. Muy hermosa la escenografía de Abel Cano y pésima la dirección de “uno, dos, tres en abanico”, del mismo señor Banquells. Y es todo, Ampariño, vidiña. Perdona a estos viejos latosos pero que están conscientes de lo que fueron y que te abrazan con cariño.

Torrado y Navarro

9 de agosto de 1970

COMO QUIEN OYE LLOVER

Mi madre, allá en San Luis Potosí donde ha vivido desde que nació, tiene una serie de pequeños dichos, o simplemente palabras sueltas, que jamás he escuchado en la capital y que yo en ocasiones, por la fuerza de la costumbre, suelto en medio de una reunión causando sin quererlo la hilaridad de quienes me

escuchan. Por ejemplo, una vez fui a ver a un eminente galeno porque padecía de vahídos (palabra también en desuso) y le dije que me sentía “surumbo”; el médico pensó que se trataba de una enfermedad tropical. Encontré a un amigo con lentes y le pregunté desde cuándo era “calandor”, o sea que cuánto tiempo hacía que los usaba. Cuando hace mucho viento, en febrero y marzo, llego a mi casa diciéndole a mi esposa que hace un “airón” terrible, y cuando caen aguaceros diariamente, me refiero a ellos diciendo que es un “llovedero”. Cuando me entretengo viendo escaparates, digo que anduve “leliando” por el centro, y cuando encuentro mucha gente en un cine o en un teatro, pienso que aquello es un “ajijolón”, es decir, tumulto. A mis hijos les digo que les compraré una motoneta cuando “San Juan baje el dedo”, o sea nunca, y cuando escucho a alguien que dice cosas que no me interesan, luego comento que lo oí “como quien oye llover”. Estas fijaciones infantiles que no dejan de tener un encanto muy grande, las he sacado a colación para que el lector entienda por qué la representación de la pieza intitulada *Un sombrero lleno de lluvia*, la vi y la oí “como quien oye llover”, porque todo lo que en ella se decía y se hacía, me importaba un rábano ante la ingenuidad con que su autor afrontó el problema a tratar. No dejo de reconocer que hace diez años más o menos en que Xavier Rojas dio a conocer esta pieza en el Teatro Granero, me conmovió, y el problema de un toxicómano como consecuencia de una herida de guerra, era en ese tiempo algo novedoso y valiente al mostrarse en un escenario. Pero ahora, en 1970, cuando el problema de las drogas es ya otro y tiene que enfocarse desde muy diferente aspecto, cuando los heridos de guerra que se vuelven toxicómanos son dignos de toda nuestra comprensión ante lo gratuito de los jóvenes, la pieza del señor Gazzo ha pasado a un nivel muy inferior en la historia del teatro, aun cuando sea en “versión libre”, como se anuncia en los programas, porque esa “libertad” en la versión no consistió más que en trasladar la acción a 1970, a hablar de Vietnam en lugar de Corea o Berlín, y a sacar la silueta de unos jóvenes bailando *a go go*. Estos cambios no afectan en nada la ingenuidad del tratamiento dramático y la obra sigue viéndose pasada de moda, y lo que se dice en ella también. Si Ibsen hubiese sabido que se iban a inventar los antibióticos,

hubiese llorado encima de su manuscrito de *Espectros*, obra que aún tiene validez como documento histórico si se monta con trajes de la época en que fue escrita, pues si se pretende hacer una “trasposición” a nuestros días, sería imbécil la pobre señora Alvin y más imbécil aún su hijo Oswaldo. Por ello creo que las obras deben respetarse en cuanto al tiempo en que fueron escritas, sobre todo aquellas cuyo problema dramático ha sido ya superado. Tenemos el caso de *Dueña y señora*, cuya “trasposición” a nuestros días resultó de carcajada, y ésta de *Un sombrero lleno de lluvia*. La morfina se quedó entre los músculos y las venas de los personajes del Caballero Audaz y de Vargas Vila, y ahora las drogas que están “en onda” son otras muy diferentes y menos molestas para administrarse.

Otro defecto que tiene la “versión libre” de la pieza de que nos ocupamos, son los personajes de los traficantes, que ya resultan de *grand guignol* y más aún como aparecen en el escenario del Xola, deformados hasta lo grotesco y sobreactuados como en el cine mudo. Y si a todo esto se agrega una escenografía esquelética, unos cuantos muebles, los estrictamente necesarios, cuya pobreza en producción se dispara ante unas magníficas escaleras que cubren dos pisos, un fregadero del que efectivamente sale agua por los grifos (quiero decir las llaves, no vaya a pensarse en otra cosa por ser una obra sobre toxicómanos) y unas actuaciones muy disparejas, el espectador sale con la idea de que todo aquel esfuerzo sobrehumano del director y productor, se estrella inevitablemente ante un gigantesco y muy grueso muro imaginario que él mismo levantó entre el escenario y el público, donde se detienen los diálogos y las intenciones, y el espectador no recibe la menor proyección emocional. Se podría decir que el escenario de Xola en esta ocasión es un refrigerador compuesto de la escenografía, de las actuaciones y de la obra misma, y como consecuencia, el público sale helado, es decir, indiferente. Eso en cuanto al público de edad madura y anciana, que los jóvenes sufren colapsos de risa ante el desconocimiento total del mundo joven por parte del director y del autor.

Es lástima que haya tenido que anotar lo anterior, porque lo que sí puede verse con claridad es el esfuerzo que ha hecho Lorenzo de Rodas por sacar adelante esta apolillada pieza que im-

presionó a los que fuimos jóvenes hace quince años. Esfuerzo de producción, de dirección y de actuación, aunque en esto último no me haya convencido, porque le noto ya una serie de recursos fáciles para “apantallar”, como los usados por todos los actores viejos, y Lorenzo no es uno de ellos. Tonos demasiado graves, abuso de movimientos efectistas y detalles tan obvios que resultan ridículos, como el pasarse toda la obra acariciándose el “brazo de oro” a lo Frank Sinatra y a revelar al público desde un principio que es un toxicómano, pero sólo al público, porque ni su padre, ni su esposa, que conviven con él, se dan cuenta de nada hasta el último acto. En un teatro realista como éste, el artificio no encaja ya, y bajó a la tumba hace apenas unos días con la máxima exponente de ese tipo de actuación, que fue la admirable, para su época, doña María Teresa Montoya. Junto a estos trucos de actuación efectistas, también es un defecto el quedarse corto, el no proyectar emoción alguna, el convertirse en un témpano de hielo ambulante, como le sucedió a María Idalia, y el sacrificar la verdad escénica a la vanidad de la mujer, puesto que si el personaje pide a gritos que debe tener un embarazo de seis meses, no se puede salir al escenario a pretender lucir su belleza en fondo, ni siquiera en camisión de dormir. Y es que la concepción de los personajes está equivocada, porque la mujer de Johnny y su cuñado no se buscan por deseo sexual, sino por ansia de comunicación, por soledad, por angustia.

En cambio, Eric del Castillo, a quien en otras ocasiones lo he criticado con dureza, en esta vez me convence plenamente, por su frescura, por su naturalidad y por el olvido total de aquellos tonos “brincos” en cualquier personaje que interpretase.

16 de agosto de 1970

EL ESPERADO FINAL

La noche del jueves 20 del presente asistimos en el Teatro del Bosque a un combate sumamente interesante entre una obra de